



## ***Atlas de la Inteligencia Artificial: poder, política y costos planetarios***

**Kate Crawford**

Fondo de Cultura Económica  
México, 2023, 444 págs.

Por **Fernando Tula Molina**  \*

Kate Crawford se pregunta: ¿cuáles son las consecuencias sociales y ambientales de incluir la inteligencia artificial (IA) en la toma de decisiones educacionales y gubernamentales? Como toda pregunta política, en lugar de una respuesta única, lo que aparece son imaginarios enfrentados. De un lado, la idea de convergencia tecnológica, la cual -en gran medida gracias a la IA- se encargará de optimizarlo y solucionarlo todo. El libro, luego de un claro y lúcido recorrido, culmina recuperando las reflexiones de Langdon Winner -de hace más de cuatro décadas- sobre las sociedades de base tecnológica, completamente sonámbulas dentro de sus “realidades artificiales”. Tal sonambulismo es el que lleva a ignorar o negar las consecuencias por las que se pregunta Crawford. Por el contrario, una vez abiertos los ojos, no queda sino -y esta será su tesis- “considerar a la IA, en una visión amplia, como una industria de extracción” (p. 37).

277

Hay dos problemas de base que, a pesar de algunos magros intentos, hasta ahora no se han podido solucionar: el origen de los “datos de entrenamiento” de los algoritmos y su pronunciado “sesgo”. Con estos datos de base serán etiquetadas todas las *selfies*, gestos con la mano, cámaras de videovigilancia, conversaciones de grupos, constituyendo la “verdad de base” del sistema. Los primeros datos de entrenamiento, hará una breve historia Crawford, son los de los prontuarios policiales. Y no solo el sesgo acompañará la educación de los algoritmos, sino también su ideología; es decir, la de la videovigilancia. ¿Por qué esto es un problema? Porque desaparecen

---

\* Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)-CONICET, Argentina. Correo electrónico: ftulamolina@gmail.com.  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-2150-3424>.

las modulaciones del contexto. Se trata de correlaciones estadísticas, umbrales y patrones de reconocimiento. Cuando WS corrige erróneamente algo que escribimos con toda corrección, se trata de ese mismo dudoso “patrón de inteligencia” que todo lo homogeniza, carente de sensibilidad a la diferencia, la ironía y mucho menos al humor. Su verdad de base, como pondrá Crawford de manifiesto, resulta claramente autoritaria. Y no sorprende, en tanto que desde el origen la infraestructura de la IA está asociada a las agencias de inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial: “Desde la alerta que recibe el conductor de Uber, al rastreo de inmigrantes y los inquilinos que deben lidiar con sistemas de reconocimiento facial, los sistemas de IA se construyen siguiendo la lógica del capital, la vigilancia y la militarización” (p. 41).

La idea de “extracción” que propone Crawford tiene dos grandes modos: i) la abstracción de las condiciones materiales (invisibilización o externalización); y ii) acumulación de información y recursos, sobre todo de quienes son menos capaces de defenderse. El primer capítulo está dedicado a “La Tierra”. Aquí el problema son los efectos de la computación a gran escala, los cuales pueden verse en la atmósfera, los océanos, la corteza terrestre, el tiempo profundo del planeta y el brutal impacto sobre las poblaciones desfavorecidas: “El ciclo de vida de un sistema de IA tiene muchas cadenas fractales: formas de explotación de mano de obra y de recursos naturales y concentraciones masivas de poder corporativo y geopolítico. Y a lo largo de toda la cadena, un continuo consumo en amplia escala de energía que mantiene el ciclo funcionando” (p. 61). El segundo capítulo trata sobre “El Trabajo”. ¿Han mejorado las condiciones laborales gracias a la optimización de la IA? Crawford no está pensando tanto en la robotización, sino en las maneras en que la experiencia del trabajo ha ido cambiando en relación con el aumento del monitoreo, la evaluación algorítmica y la modulación del tiempo. Su conclusión, teniendo en cuenta que en las industrias de servicios y de comida rápida se cuentan hasta los segundos, es que las formas contemporáneas de IA no son ni artificiales ni inteligentes, sino -podríamos agregar- una manera descarnada de gestionar cuerpos. En el tercer capítulo, Crawford desarrolla el mencionado origen “policia” de los datos de entrenamiento; fotografías tomadas sin autorización que dejarán de ser imágenes para dar lugar a una infraestructura: “Estos conjuntos de datos le dan forma a los límites epistémicos que gobiernan la manera en que opera la IA. En este sentido, crean los límites de cómo la IA puede ‘ver’ el mundo” (p. 153).

¿Qué resulta de la clasificación automática de las emociones humanas? En el capítulo siguiente Crawford responderá, fundamentalmente un negocio muy lucrativo para los ejércitos, las corporaciones, las agencias de inteligencia y las fuerzas policiales: Promete filtrar, de manera confiable, al amigo del enemigo. Ahora bien, ¿son universales las expresiones faciales humanas? Lee Hough, a la cabeza de la Advanced Research Projects Agency (ARPA) -una de las ramas de investigación del Departamento de Defensa-, vio el potencial de las investigaciones del joven psicólogo Paul Ekman sobre la posibilidad de estandarización de las emociones humanas. Estas investigaciones se remontaban a los estudios originales de electroshock de Duchenne a las mediciones sobre la musculatura facial. Ello derivó en el *Facial Action Coding System* (FACS), el cual proporciona: un conjunto de etiquetas estable, discreto y finito; y un sistema para producir mediciones. El peligro evidente de este sistema, tal como advirtieron los científicos sociales M. Gendron y L. Feldman Barrett, es su

falta de confiabilidad: pueden detectar un ceño fruncido, pero eso no es lo mismo que detectar enojo. El segundo peligro es el entendimiento extremadamente limitado, o directamente nulo, sobre las emociones humanas. En tanto todos estos sistemas operan con el conjunto inicial de categorías de Ekman de “ira”, “felicidad”, “sorpresa”, “asco”, “tristeza” y “miedo”.

Para referirse al papel del Estado en todo este proceso, Crawford comienza por los Archivos Snowden, los cuales desnudan la recopilación masiva de datos (*data mining*) de todo teléfono, navegador o plataforma existente, como fuentes de datos para la seguridad del Estado. Sumado a las herramientas de reconocimiento automático, un sueño para muchos se vuelve posible: poder marcar un objetivo en una vista de Internet de 100 km. A partir de ahora, las personas pueden ser rastreadas -y entendidas- a partir de sus metadatos: “El archivo Snowden subraya la manera en que los actores estatales colaboran para producir lo que Achille Mbembe llama ‘la guerra de infraestructura’. Parfraseando al teórico Benjamin Bratton, el Estado está tomando el armazón de una máquina porque las máquinas ya han asumido las funciones y el registro del Estado” (pp. 281-282).

Sin embargo, no han sido saldados los interrogantes del inicio: ¿quién está construyendo los conjuntos de datos de entrenamiento, con qué datos y cómo se etiquetan las cosas como una “amenaza inminente”? Actualmente la mayoría de los Estados niegan cualquier responsabilidad bajo el argumento: “No podemos ser responsables por algo que no entendemos”. Aun así, mientras que la etiqueta “ataque selectivo” involucra apuntar a un individuo específico, observa Crawford, la etiqueta “ataque por firma” habilita la eliminación del objetivo.

279

El punto más inquietante es que no se trata de precisión, sino de correlación. Este es el motivo por el que la precisión de la IA es un mito. Se han comprobados errores a gran escala: 19.000 residentes del Estado de Michigan clasificados como “inmigrantes” entre 2012 y 2015, quitándoles la asistencia alimentaria; 40.000 ciudadanos mal identificados como “estafadores” al seguro de desempleo, con el embargo automático de sus salarios. Aun así, concluye Crawford, el hecho es que “una vez que un patrón de datos alcanza un umbral, la sospecha se vuelve suficiente para tomar decisiones incluso sin pruebas definitivas” (p. 309).

¿Qué concluir de todo ello? Crawford desarrolló -junto al historiador de la tecnología Alex Campolo- el concepto de “determinismo encantado”, el cual utiliza para cerrar el libro. Su contenido abarca tanto el proyecto de simplificar el mundo en aras de la optimización de las señales, como abordarlo como un juego de estrategia. ¿Estrategia en función de qué objetivo? Culminar el entrelazamiento de la tecnología, el capital y el poder, del cual la IA es la última manifestación. Ahora bien, por más datos que se recopilen y aunque se cumpla el objetivo de digitalizar el mundo, solo alimentarán algoritmos con sus datos sesgados del inicio. Sumado a esto, una lógica normativa centralizadora y de largo alcance solo podrá ser más de lo mismo, toda novedad reducida estadísticamente o eliminada como salto disruptivo. De este modo, el sueño de la democratización de la tecnología no es más que eso. En palabras de Crawford, “sugerir que democratizemos la IA para, reducir las asimetrías de poder, es un poco como querer democratizar la fabricación de las armas en aras de la paz” (p. 338).

¿Qué hacer ante esta situación global? El deseo de Crawford, como el de tantos otros -entre ellos Winner- es el de una “nueva era de la crítica” que nos permita salir de la situación de sonambulismo tecnológico. Pero de poco sirve la crítica académica si no se encuentran espacios que vayan más allá de la vida técnica y derroquen el dogma de la inevitabilidad.